

lla sala no estaba ocupada por hombres y mujeres vivos, sinó por fantasmas de recuerdos. Ni una ilusión de futuro, ni una esperanza... Wilhem huyó despavorido.

Vió después una larga fila de viejos de ambos sexos que salían de un gran edificio. Adornábanse con los más estafalarios atuendos y no era raro contemplar el extravagante matrimonio de un soberbio chaquet con unos recomendados pantalones de dril; o una magnífica falda de seda con unas agujereadas alpargatas. Producían la penosa impresión de tontos de circo, imposibilitados ya para el trabajo, y que seguían vistiendo los harapos con que en otro tiempo excitaban la fácil y pura hilaridad de los niños. Eran ramillas secas, desgajadas de la especie; cenizas de la sociedad, que no sirven, y se amontonan para poder aventarlas mejor. El asilo... ¡Asco! Y Wilhem huyó por segunda vez.

Sin saber por donde pasaba, fué a parar a una hermosa vía. Frondosos tilos la flanqueaban y el aire estaba embalsamado. ¡Qué bien se respiraba allí! Wilhem, sudoroso y jadeante, fué a sentarse a la sombra de un magnífico árbol. Estaba solo, y sintió que los párpados se le cerraban en una dulce somnolencia. De pronto despertó sobresaltado: un anciano demacrado, pálido, hambriento, tendía su mano a él y suplicaba:

—Una limosna, señor, que soy viejo y no tengo a nadie en el mundo.

Wilhem se estremeció, porque, detrás de aquél, venía otro, y otro luego, y muchos después; todos demacrados, todos pálidos, todos hambrientos todos solos, todos ¡todos solos y sin nadie en el mundo!

Esta vez corrió como un loco; y corriendo, notó que se abrían su ojos, y se encontró tendido en el suelo, rodeado por sus camaradas, que le atendían solícitos y murmuraban:

—¡Pobre muchado! Es tan niño todavía...

Pero el niño, en estos breves segundos, había perdido el miedo a morir. Incorporóse de rodillas, levantó los brazos al cielo y exclamó:

—¡Señor, concédeme como a los héroes, morir joven y con las botas puestas!

Y el Señor le oyó. Aquella noche, a la hora hache, se representó el acto final de la tragedia. El «erizo» cayó en poder del enemigo, y Wilhem compareció ante Dios, con las botas puestas, los azules ojos más infantiles y risueños que nunca, y alborotadas las greñas de oro, entre las que corría un hilillo de sangre.

Cáceres, Junio de 1947.

EUGENIO PAYO.

LLAMAS DE CAPUCHINAS

POR JOSE CANAL ROSADO

—
Mi calendario siente los domingos el rubor de no hacer nada.

—
Hay unas persianas modernas que son los párpados de las ventanas.

—
Hay unos palos del telégrafo a los que han salido yemas de cristal azul.

—
El papel de calco recuerda esas personas que escuchan detrás de la puerta y cuentan luego lo que oyeron.

—
Los cables subterráneos son los nervios de la ciudad.

—
El melocotón es un adolescente.

—
Cuando el hombre se habituó a los chalecos de cremallera, dejó de temerle a la operación del estómago.

—
La línea curva es el hijo calavera de la Geometría.

—
El reloj de repetición es como ese molesto sermoneador que no se harta de machacar con sus consejos.

—
El acto de cortarse las uñas supone algo así como un propósito de enmienda.

—
El vicio infantil de escribir en las paredes es un atavismo epigráfico-rupestre.

—
Cuando andamos por un piso encerado sentimos la angustia de la existencia de la gravedad.

—
Aquella mujer era ya una planta tan mustia que ni le florecían de pendientes las orejas.

—
Un sillón entre varias sillas tiene siempre cierta personalidad.

—
Las gallinas cuando beben lo hacen siempre como si rezaran.

—
Los olivos, vistos de lejos, habían vestido de pana al campo.

—
Las modernas construcciones tienen espinas de hierro.

—
El reloj de bolsillo es el corazón del chaleco.

—
De pequeño, siempre me pareció el planeta Saturno la cabeza de un picador.

—
El matrimonio es al amor como el vinagre al vino.

